

branza para las personas que heredaron nombres y apellidos de aquellos regiontanos, y puesto que nos obliga la continuación del relato pongo a estos renglones punto final, no sin copiar los versos de Jorge Manrique, que durante 500 años han sido constantemente reproducidos sin perder el sabor de su filosofía profundamente humana:

*Recuerde el alma adormida,*

*Avive el seso y despierte,*

*Contemplando*

*Cómo se pasa la vida,*

*Cómo se viene la muerte*

*Tan callando.*

## VII

### VISITAS Y DIVERSIONES

Para el día 21 el entusiasmo se mantenía en grado contagioso. A primeras horas de la mañana se dispuso la visita a la Fábrica de Hilados La Fama y a los Molinos de Harina de Jesús María, ambas industrias enclavadas en el Municipio de Garza García.

Llamará la atención a las generaciones actuales que tal visita se realizara por medio del ferrocarril. ¡Cómo estaría el camino carretero!

Trataré de dar una idea de esta vía, llamada en lejanos tiempos calle Real, después Iturbide y posteriormente Hidalgo. A partir de la Plaza de la Purísima al poniente, se estrechaba dificultando el tránsito, a pesar de ser el único camino hacia Saltillo, y centro del país. Bien, en tiempos de sequía —la mayor parte del año— cubierta con una capa de tierra suelta de unos quince centímetros de espesor, al paso de las carretas, carretones, guayines o cualquier carruaje se formaban nubes espesas de polvo que impedían la visibilidad. Tenía el polvo el tamiz del talco. Y cuando llovía se convertía en una pasta adherente que dificultaba en extremo el tránsito.

Por eso se prefirió el ferrocarril no obstante de tratarse de salvar 20 kilómetros.

\* \* \* \*

Autoridades de Garza García y Santa Catarina recibieron al General Díaz y a su comitiva con entusiasmo. Manifestaciones, música, cohetes, cantos, declamaciones, y los discursos obligados en semejantes casos.

Además de elogiar el visitante las instalaciones industriales le causó tan profunda impresión el espectáculo de las rocosas montañas de la Huasteca al grado de expresar en tono emotivo hermosos conceptos de admiración.

En festejos sencillos se pasaron las horas, regresando la comitiva a Monterrey a medio día. Había que prepararse para el baile que tendría lugar en la noche en el Casino Monterrey.

\* \* \* \*

Había llegado la ocasión para la sociedad de Monterrey de lucir en todo su esplendor su nuevo edificio del Casino, aún inconcluso, y el atavío lujoso de las damas. Para el realce del gran baile se hizo derroche de luz eléctrica, de flores, gasas, adornos esculturales, y de suntuosas alfombras. La perspectiva del Casino semejaba la escenificación de un cuento de hadas.

Una amable temperatura contribuyó al entusiasmo de la numerosa concurrencia que llenaba los salones. Deslumbrantes atavíos de las damas e impecables atuendos de los caballeros realizaban el conjunto.

La descripción de la fiesta la dejo a don Carlos Pérez Maldonado. En su libro *El Casino de Monterrey* se ocupa de este acontecimiento social. Copio de su relato lo que considero complementa esta crónica:

“A las diez de la noche llegó el Presidente en compañía de la familia del General Reyes, que era el Gobernador del Estado, y de sus Ministros ya nombrados. Los socios del casino, haciendo valla por el vestíbulo hasta la gran escalera, los recibieron vitoreándolos.

“Una comisión formada por los señores Adolfo Zambrano y Francisco G. Sada, se encargaron de hacer la presentación de las familias de Monterrey a don Porfirio y sus acompañantes.

“El baile principió con un lucido Minueto, en el que participaron las dieciséis parejas siguientes: señoritas María Reyes, Mercedes y María García Muguerza, Clotilde García González, María, Carmen, Celia, Angelina y Carolina Zambrano, Carmen y Concepción González, María Sada, Concepción Morales, Carlota Ibarra, Ana Degetau y Greta Houser.

“Iban acompañadas por los jóvenes: Oscar Westendarp, José Calderón, Fernando Zambrano, Ricardo González, Carlos y Jesús Sada Muguerza, Rómulo Padilla, Faustino Palacio, José y Francisco González, Enrique Padilla, Alfredo Farías, Ignacio Morelos, Arturo Houser, Manuel Martínez y F. Westendarp.

“Las damas iban ataviadas con lujosos y elegantes vestidos Luis XV, y los caballeros con traje negro de casaca, calzón corto, medias y calzado con hebillas. Fue este cuadro muy elegante, vistoso y aplaudido. Después principió el baile general.

“A la una de la mañana se sirvió la cena. Al centro de la mesa de honor

tomó asiento don Porfirio, siguiendo a su derecha la esposa del señor Gobernador doña Aurelia Ochoa de Reyes, don José Yves Limautour, doña Carolina Madero de Villarreal, el General Mariano Escobedo, doña Juana Reyes de Madrigal, el Gral. Manuel González Cosío, doña Francisca Muguierza de Calderón, el Lic. Joaquín Baranda y doña Ana González de Hernández. A la izquierda del Presidente se encontraban doña Guadalupe Zambrano de Treviño, el General Reyes, doña Pudenciana Madero de González, el Gral. Francisco Z. Mena, doña Victoriana Madero de Villarreal, el Gral. Gerónimo Treviño, doña Sara Milmo de Kelly, el Gral. Francisco Naranjo, doña Julia Bremer de Reichman y el Gobernador de Coahuila don Miguel Cárdenas".

Era tan agradable el ambiente que el General Díaz y acompañantes se retiraron a las tres y media de la mañana, no obstante que les esperaba un día de gran ajeteo.

Inolvidable fiesta para todos los asistentes, y para el General Díaz fue motivo de reconocimiento profundo por las exquisitas y espontáneas manifestaciones de admiración y respeto que recibió de damas y caballeros.

## VIII

### INDUSTRIAS Y DESFILES

Para el cuarto día estaba programada en primer lugar una excursión a la Ladrillera Monterrey, industria fundada por el Sr. J. A. Robertson, prominente industrial, de nacionalidad norteamericana, que había hecho en Monterrey su centro de operaciones. Entre otras empresas se cuenta la publicación del primer periódico altamente mecanizado, *El Monterrey News*, con ediciones en español y en inglés; la siembra en Montemorelos de naranjos traídos de San Francisco, California; y la construcción del Ferrocarril de Monterrey al Golfo.

Fue motivo de admiración para el General Díaz la calidad y variedad de ladrillos fabricados, cuya resistencia se había comprobado en la construcción de edificios y pavimentación de calles.

Siguieron después a las minas de San Pedro y San Pablo, entonces en plena y abundante producción. El viaje se hizo en el ferrocarril construido para el traslado de los minerales a la fundición.

En un hermoso rincón de la montaña, cercano a las minas, se sirvió la comida a la que asistieron cerca de 150 personas. El ambiente campirano propició el cambio de impresiones con el Presidente de la República. Para

él la paz que existía en el país era su más preciada conquista. Lejos estaban los tiempos de las asonadas, de los disturbios políticos y de las inquietudes sociales. Todo hablaba de trabajo y de progreso, y nada más indicado que continuar la tarea emprendida para cruzar el país en todas direcciones con las líneas férreas. En donde el ferrocarril camina llega pronto la prosperidad, decía el General Díaz.

Su mente estaba llena de proyectos industriales, de mejoras materiales, y del problema de la educación del pueblo. He llevado, decía con satisfacción, a la Secretaría de Educación a don Justo Sierra, tal vez el hombre cuyas dotes de cultura, honestidad y sentido humano, lo hacen el más capacitado.

Esos momentos de expansión dejaron ver el fondo de un hombre, que de las duras jornadas de la guerra, había pasado a las delicadas labores gubernamentales. El soldado mestizo, poco amante de los buenos modales, se había transformado en un criollo refinado. Hasta el color de la tez, antes bronceado, había cambiado a un color blanco sonrosado. Los bigotes largos y negros eran blancos y cortos. Los ojos no habían cambiado su expresión penetrante. Quienes lo conocieron sobre el caballo, jinete de largas y fatigosas jornadas, tenían que hacer un esfuerzo para suplantar aquella figura cetrina y desgarrada por la del estadista pulcramente vestido. En esta admirable transformación mucho había contribuido su esposa doña Carmen Romero, dama de fina educación, culta y de grandes atractivos personales.

Al mediar la tarde se hizo el regreso a Monterrey.

\* \* \* \*

A las nueve de la noche se inició el desfile de carros alegóricos y carruajes descubiertos ocupados por bellas damas ataviadas con trajes de diversas regiones del país.

El General Díaz, acompañado del General Reyes y comitiva, presenciaron el atractivo desfile desde los balcones de la casa del General Reyes.

Los industriales y los comerciantes de mayor importancia se esforzaron por el lucimiento de la fiesta, ingeniándose para presentar los más originales adornos de los carros, y las damas por su cuenta aumentaron el atractivo al participar en coches tirados por relucientes troncos de caballos.

En la extensa columna se intercalaron tres bandas de música imprimiendo una agradable nota de alegría.

Con este evento terminaron los festejos de ese día.

## SIMULACROS Y REALIDADES

El programa que se había ordenado para el día 23 fue cambiado radicalmente, en virtud de que el General Díaz determinó regresar en la tarde de ese mismo día a la ciudad de México, urgido por asuntos que requerían su presencia en el Palacio Nacional.

Para la mañana estaban anunciadas algunas visitas a industrias, en la tarde el simulacro de guerra y en la noche la velada literaria. Se suprimieron las visitas a las fábricas y en la mañana tuvo lugar el esperado espectáculo del simulacro de guerra, cuyo acto llamó poderosamente la atención del público, especialmente de la juventud, pues los viejos conocían ya de verdad lo que era la guerra y en consecuencia aquello no pasaba de ser un juego.

Más que como ilustración en la materia del simulacro, voy a copiar el encabezado del dispositivo del combate, pues ello nos coloca en condiciones de apreciar lo que existía en el lugar de los hechos. Por ejemplo, para dar una idea del caso se menciona que la calzada Unión, que actualmente lleva el nombre de Madero, desembocaba en el llano en que estaban construídos los cuarteles federales y cerraba al poniente la calzada "una ceja de huizaches". No fue sino hasta 1929 siendo Gobernador del Estado el Gral. y Lic. Aarón Sáenz, cuando ya se dio forma precisa a la prolongación de la avenida Madero hasta el pie del cerro de Las Mitras. Veamos la redacción de referencia:

"El hecho de armas tendrá lugar en el llano, que se encuentra al S.O. de la Estación del Ferrocarril Nacional, y el cual afecta la forma de un paralelogramo de 700 metros de Oriente a Poniente y 500 de Sur a Norte. La calzada Unión desemboca en el mismo, casi en la parte media de la cabecera Oriental, y a la izquierda de ella está la fábrica de Moebius, a que se hace referencia en las explicaciones, que es un edificio de dos pisos. La vía del Ferrocarril Nacional limita el llano por el Norte, estando unos 60 metros hacia el centro del mismo, adelantadas de esa vía y a 200 metros de distancia una de otra, la casa amarilla y caballeriza de Randle, a las que se aludirá, construídas de madera; por el Poniente y el Sur, una rala ceja de huizaches delimita el campo, estando a ese último rumbo, en línea con tal ceja, la casa Guzmán, que ha de citarse, frente a la expresada caballeriza Randle. En medio del llano hay dos pequeñas casas de madera y piedra".

Entre otros pormenores de la descripción del simulacro se expresa que uno de los bandos combatientes lo componen el 5o. Batallón con 400 hombres, el 9o. con 350, el Colegio Civil con 150, la Gendarmería Fiscal con

25 jinetes y una sección de artillería, en total se trata de 925 hombres. El otro bando lo forman el 19o. Batallón con 400 infantes, el 3er. Cuadro 124, Caballería 300, una sección de artillería, ambulancias 20, sumando en total 844 hombres.

Con estos elementos se organiza el combate moviéndose de acuerdo con lo planificado los bandos contendientes, de manera que el triunfo corresponda a quien de antemano se le ha adjudicado.

No obstante el cambio de horario, la gente se volcó alrededor del campo de operaciones y para la juventud y los niños, se trató de un espectáculo de enorme importancia, pues el tiroteo de cientos de fusiles y el tronar de los cañones, así como el trotar de los caballos, daba la impresión de que efectivamente se estaba combatiendo y esto a la vez que imponía temor, saturaba al espíritu de algo desconocido visualmente; pero de lo cual se había hablado mucho en las tertulias familiares y en la escuela.

Para mediodía había concluído el espectáculo y los muchachos hacían acaparamiento de cartuchos que guardaron como preciado recuerdo.

\* \* \* \*

Para las tres de la tarde el Teatro Juárez se encontraba lleno de concurrencia para presenciar el magnífico programa preparado y en el que participarían los más ilustres escritores y poetas.

Una vez que ocuparon sus lugares de honor el General Díaz y sus acompañantes, dio principio el festival cantándose el Himno Nacional por niños de las escuelas oficiales. Después la orquesta ejecutó la melodía Ruy Blas, de Mendelssohn, siguiendo a continuación el discurso pronunciado por el Dr. Rafael Garza Cantú, que principiaba a significarse como uno de los más cultos maestros de la época. Siguió una variedad que llenaron la señora Carmen Gómez de Dávila, el Dr. W. W. Leech, la Srita. Enriqueta Vargas y el Sr. Leonardo Uribe. Después de quince minutos de intermedio bailaron un Minueto un grupo de jóvenes siguiendo la música de la estudiantina integrada por las señoritas Angelina García, Camila Lagrange, Carmela González, Carolina Zambrano, Concepción Michel, Dolores González, Elena Zambrano, Elisa Melo, Guadalupe González, Irene Garza, María Espinosa, María Reyes, María Zambrano, Mercedes García Muguerza, Nicéfora Garza, Pilar González, Pilar Zambrano y Virginia García Muguerza.

No habían concluído los aplausos cuando ya la Srita. Enriqueta Vargas cantaba el Aria (del suicidio) de la Gioconda, para seguir al piano el señor Jesús María Acuña (jr.) y a continuación el Tenor Leonardo Uribe cantó una aria de Aída, continuando la declamación que de sus propios versos hizo el Sr. Celedonio Junco de la Vega, escuchándose también un poema del Dr. José Peón y Contreras, Senador de la República.

No sería posible transcribir íntegramente los discursos y poemas que tanta impresión causaron en el auditorio, limitándome a copiar algunas pequeñas partes como orientación del sentimiento que en las cuestiones políticas imperaba.

Por ejemplo el Dr. Garza Cantú principió su discurso en los siguientes términos, que envuelven la pintura de un triste panorama para analizar después el avance en el país y la era de paz que había logrado el General Díaz en provecho de la nación. Veamos sus expresiones:

“No hace tiempo todavía: aún vive la generación que viera, con espantados ojos, nuestros campos reducidos a estériles desiertos; las interminables e incómodas carreteras, que cruzaban la vasta extensión del territorio mexicano, convertidas en asiento del pillaje y la matanza; las ciudades enchidas por una multitud ociosa, revuelta, sin convicciones y sin fe, presa de la desconfianza y del temor; los vínculos nacionales, de Estado a Estado, de ciudad a ciudad, de pueblo a pueblo, rotos casi por completo; y sobre todo esto, el huracán de las pasiones que bate sus pavorosas y negras alas y que con su aliento emponzoñado y encendido, envenena y mata, quema, consume y aniquila hasta los últimos gérmenes de vida... Luego... la ruina general, la anarquía, el descrédito, el desprecio de los pueblos cultos; la insolente y provocadora reclamación del fuerte, miles de hombres armados que, cual alud incontrastable se despeñan amenazando arrasar hasta en sus cimientos el edificio de la Independencia Nacional, y amenazando lo que es más todavía, derribar lo que permanece en pie del decoro y dignidad de la patria. Quedan entonces reducidas a escombros nuestras mayores ciudades; el comercio, la agricultura y la industria, ahogados en un mar de sangre... ¡Y el hogar profanado, la familia dispersa y las columnas de rojizo humo que desde las aldeas hasta el cielo se levantan, claman venganza”.

La producción de don Celedonio Junco de la Vega, joven poeta y magnífico declamador, principia con estos fluídos versos:

*Cruzaba yo los deliciosos campos  
de la niñez florida  
cuando al heroico puerto  
donde el destino me lanzó a la vida  
llegaba, de la pólvora entre el humo  
y al fragor de los bronces,  
ese bizarro triunfador. Entonces  
rasgaba el cielo la segunda aurora.  
De abril, la aurora misma  
que nueve años atrás en Puebla dora,  
con su luz inmortal, la altiva frente  
de ese soldado cuyo arrojó abisma.*

El Dr. Peón y Contreras dio lectura a un poema dedicado a Monterrey. De él copio las siguientes estrofas:

*¡Oh hermosa Monterrey, perla del norte,  
cómo tu gala y esplendor hechizan!  
¡Cómo acuden las gentes a millares  
para quemar incienso en los altares  
de la gentil y bella fronteriza!  
vienen a mí rumores de talleres,  
ecos de risa, canto de mujeres,  
por todas partes la ventura avanza,  
para llenar las almas de esperanza.  
y mostrarte a los mundos como eres!  
Llegó al fin para ti la bienandanza  
que el porvenir te trajo,  
después de la faena  
y de las rudas horas del trabajo!*

Y por último he de mencionar el himno compuesto por don José Arrese, que fue cantado al final de la velada por niños de las escuelas oficiales, transcribiendo el coro:

*Salve egregio, valiente soldado  
cuyo brazo, blandiendo el acero,  
a la patria del yugo extranjero  
supo un día glorioso librar.  
Salve ilustre, abnegado patricio,  
que en la lucha también de la idea,  
sobre ruda y sangrienta pelea  
ha sabido la paz cimentar.*

\* \* \* \*

Se había cumplido con el programa, aun cuando fuese con apremios durante el último día de estancia del General Díaz. Para las seis de la tarde ya estaban visitantes, comitivas y una gran cantidad del pueblo en la Estación del Golfo, en donde se mezclaban la alegría con la tristeza, porque no hay despedida que no sea triste “y el que lo dude que se despida”.

Las bandas de música alentaban el entusiasmo con marchas y el público continuamente vitoreaba, tanto al General Díaz como al General Reyes. En esos momentos en que los abrazos estrechaban a los hombres y las manos se antojaban palmas de amistad, las reflexiones se imponían alrededor de

la primera figura, viendo cómo en él se personificaba la regla de los metales: plata en la cabeza, oro en los dientes y plomo en las piernas.

El declive de un cuerpo fuerte, férreo y de un cerebro lúcido se advertía aún sin el propósito de realizar un examen. El futuro no lejano nublaría los relámpagos de gloria y grabaría en la imaginación de quienes lo habían tratado de cerca, la figura de un hombre que, habiendo sido grande en la guerra y en la paz, caminaba hacia el abismo.

Llegó el momento de la partida. La máquina al arrastrar los carros resopló ruidosamente; dos largos silbidos indicaron la marcha hacia adelante y atrás quedaba la comitiva oficial y el público que gritaba y aplaudía.

El presente se alejaba cargado de emociones en tanto que el pasado se diluía como el humo de la locomotora y el futuro inescrutable guardaba celosamente el término final de un régimen, una época, una forma de vida, un mar de sangre, una tragedia social espectacularmente humana, seguida de la alborada, de nueva forma de vida, con la experiencia ganada al tiempo y la angustia por alcanzar la bienaventuranza del pueblo que tanto había sufrido.

Así pasa la vida y la gloria, en tanto que la muerte iguala a todos...

066776

BIBLIOTECA CENTRAL  
U. A. N. L.

5  
5  
2

225 IN